

bien doscientos soldados del primero de Toluca mandados por el coronel Caamaño, que se presentaron por el flanco derecho y auxiliaron eficazmente á la fuerza del coronel Auza; el 2º de Puebla, que tenía por jefe al coronel D. Juan Ramírez, se condujo honrosamente; pero el héroe principal de aquella memorable jornada según los partes oficiales, fué el coronel Auza; separado de su fuerza algunos minutos á consecuencia del desplome ocasionado por la artillería francesa, quedó entre los escombros, de donde, arrojando la muerte, lo sacaron algunos jefes y oficiales de Puebla y Zacatecas. Contribuyeron también á la victoria los generales Berriozábal, Díaz y La Llave, impidiendo que fuesen repuestas las columnas lanzadas sobre Santa Inés; los generales Negrete y Prieto, jefes de la reserva general, fueron citados en el parte respectivo, por su valor y prontitud en ejecutar las órdenes que se les dieron, contribuyendo así en gran manera al triunfo alcanzado. (1)

El capitán Luis G. Olaveza, del batallón nº 17 de Puebla, fué ascendido por su distinguido comportamiento, á comandante de batallón y se le confirió el grado de teniente coronel. Viéronse aquella vez notabilísimos rasgos de valor y serenidad: al hacer explosión las minas, levantando una cuadra de la manzana del Pitimín la noche del día 24, permaneció con todo brío y entereza el resto de la tropa en presencia de gran número de sus compañeros sepultados entre los muchos escombros de los edificios destruidos. En la mañana del 25, al hacer explosión las minas bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, fué enviada la reserva para reforzar las calles y lugares inmediatos á la línea atacada, sobre la cual avanzaban los franceses resueltamente, dirigiéndose á la vez sobre varios puntos no fortificados en la plaza y sobre aquellos en que su artillería abrió extensas y practicables brechas; la actitud atrevida de los mexicanos distinguíase cuando algunas ráfagas de viento disipaban el humo del combate. Un oficial herido y sacado de Santa Inés, dió la noticia de que el coronel Auza estaba entre los escombros de un edificio desplomado, y que aunque ya vencedor no pudo continuar con el mando, por la postración física á que lo redujo aquel incidente.

A pesar del estado violento en que se encontraban los defensores de la plaza, por el riguroso asedio que sufrían, no dirigieron el más leve insulto ni á los oficiales, ni á los soldados franceses que cayeron prisioneros. Algunos de aquellos encontraron al general en jefe en el atrio de catedral; iban asidos del brazo de ayu-

(1) NOTA.—En la orden del día se citan todos aquellos jefes y otros que se distinguieron también. Entre ellos los coroneles Flores y Villagra, los tenientes coroneles Galindo y Nogueyra, los comandantes y capitanes Monasterio, Salas, Beltrán, Márquez, Casarín, Morales, Nava, Díaz y Calvillo, así como los jefes Alejandro García, Miguel Veraza, Camilo de los Ríos, Lorenzo Vega, Agustín Alcérreca, Gaspar Sánchez Ochoa, Agustín Inzunza, Cirilo Castillo, Antonio Domínguez, Antonio Espinosa y Eugenio Sánchez; los capitanes de artillería Rafael Sánchez, Francisco Castañeda, Dionisio Aragón, José J. Ferrer, Vicente Torres y otros subalternos, entre ellos los señores Máximo Alaniz, Ingacio A. Bravo, José M. Cortés, Francisco Delgadillo, Pedro Peña, Manuel Carricarte, Jesús Oropeza, Manuel M. Lombardini y Manuel Vega; todos estos mandaban las distintas piezas colocadas en Santa Inés, calle de la Limpia, San Agustín, fuerte de Hidalgo y la batería de reserva, situada en el Carmen; distinguéronse también algunos oficiales del 6º batallón de Jalisco.

dantes del general G. Ortega á quien suplicaron los prisioneros, que no se les pasara en triunfo; también solicitaron que se les devolvieran las armas de que habían sido despojados después de la derrota que sufrieron; el general mexicano contestó á los prisioneros: que serían conducidos al interior de la ciudad por las calles precisas para albergarlos en los edificios más cómodos y decentes que pudieran encontrarse, y que ya disponía se recogieran sus armas y les fueran devueltas inmediatamente. Todos dieron cortesmente las gracias y continuaron su marcha escoltados solamente por oficiales mexicanos y alguna gente del pueblo. Por las mismas calles entraron poco después los zuavos y fueron tratados con la misma consideración que los oficiales; según ordenó el general en jefe se les atendió de la mejor manera posible, teniendo en cuenta la escasez de víveres que había en la plaza. Los heridos y muertos habidos en el combate de Santa Inés, fueron recogidos á pesar de que continuaban los sitiadores el fuego sobre aquel edificio, y quedaron relevados los batallones 3º y 5º de Zacatecas por los 1º y 2º del mismo Estado; no se pudieron levantar todos los heridos, sino los que yacían en los corredores, piezas y patio del edificio, y les fueron impartidos por igual los auxilios. A diferencia de los prisioneros mexicanos que cayeron en el fuerte de San Javier, destinados á rudos trabajos de zapa, los franceses no fueron empleados en trabajo alguno, según lo manifestaban las mismas cartas dirigidas por ellos á sus familias, en cuyas cartas se decía: "que los habían tratado con humanidad y según las prácticas introducidas por la civilización para templar los rigores de la guerra; que era errónea la idea que se tenía en Francia de los hombres que en México defendían con las armas en la mano las instituciones democráticas, pues los prisioneros habían recibido atenciones de exquisita delicadeza por parte de oficiales mexicanos instruidos y decentes." El capitán del primer regimiento de zuavos Mr. Blotd, dió las gracias al general en jefe por el buen tratamiento que había recibido y pidió permiso para visitar diariamente los hospitales en que había heridos franceses, estando también agradecido por habersele permitido que comprara tabaco para distribuirlo entre los prisioneros. Este mismo capitán redactó un reglamento, para mantener la disciplina entre los heridos. El sargento Merlier pasaba diariamente á las salas destinadas á los prisioneros franceses y se aseguraba de que no había queja alguna de los heridos, á los cuales recomendaba respeto hacia los médicos, enfermeros y todo el personal de los hospitales, lo mismo que hacia las hermanas de la caridad. El sargento Labrunié era responsable del buen orden de las salas.

De los cuatrocientos zuavos que tomaron parte en el combate interior en Santa Inés, á lo más ochenta quedaron sin heridas, siendo de notar que todas fueran graves; los oficiales April, Blotd y Salata, prisioneros, aunque no heridos, tenían los uniformes desgarrados y agujereados; otros tres, Deveaux, St. Hilaire y Borchligel murieron; á Mr. La Louette le desarticularon el brazo izquierdo; Demilly, Mejon, Duchesné, Mathieu y otros muchos tenían dos ó tres heridas el que menos. Cerca de un millón de tiros de fusil fueron consumidos por los sitiados en los combates del 25 de Abril y en la noche precedente, y gran cantidad de tiros

de cañón, al grado de haber sido necesaria una orden el día 26, para que se economizaran las municiones de esta arma, y se pudiera prolongar la defensa de la plaza hasta donde humanamente fuera posible; se previno que no se disparasen cañonazos para demoler edificios aun cuando estos se hallaran ocupados por fuerzas francesas, y que solamente se usara de la artillería cuando hubiera necesidad absoluta é imperiosa por las evoluciones ó asaltos del enemigo, orden que verbalmente comunicó el cuartel general á los generales que mandaban las líneas atacadas.

Los ataques á la iglesia de San Marcos y al convento de Santa Inés fueron choques tan sangrientos que, en vista de las pérdidas ocasionadas al ejército sitiador, se detuvo la ejecución del plan primitivamente adoptado por Forey, que consistía en tomar cuadra por cuadra las unas después de otras. Sin embargo, finalizado Abril y disponiendo de provisiones, después de la expedición hecha á Atlixco por el coronel Brincourt para adquirirlas, fastidiado el general Forey por lo prolongado del sitio, se decidió á recomenzar los trabajos de ataque aunque dirigiéndolos esta vez al exterior de la ciudad contra los fuertes del Carmen y Teotihuacán.

El mismo memorable día 25, en la tarde, escribió el general en jefe G. Ortega al general Comonfort, encareciéndole la necesidad que había de que al siguiente día se moviese con sus fuerzas sobre los franceses que circunvalaban á Puebla; le pedía que si aceptaba la proposición, le avisara por cuáles puntos haría su marcha y hacia qué campamento se dirigía, á fin de que salieran algunas columnas de la plaza y simultáneamente atacaran determinada posición las fuerzas de ambos cuerpos de ejército. Hacía notar el general G. Ortega, que era oportuno el momento después de la derrota sufrida por los franceses el día 25, y creía que si no se conseguía una victoria completa, por lo menos obligarían á los sitiadores á levantar el sitio ó reconcentrar sus tropas en determinados puntos, dejando así posibilidad á la plaza para proveerse de lo que necesitaba, siendo ya imposible que continuara defendiéndose más de ocho días por la falta de municiones de boca y guerra. El cuartel-maestre general Mendoza y el comandante general de artillería, demostraron al general en jefe con los estados respectivos, el uno, que los víveres habían concluido y que tan sólo quedaban algunas fanegas de cereales, y el otro que las municiones de guerra concluirían antes de cinco días si los ataques eran fuertes y continuados como los días anteriores. Entonces, con objeto de coleccionar víveres, fueron nombradas comisiones bajo la inspección del proveedor general, para que con el posible comedimiento, ó rompiendo cerrojos y salvando azoteas, fueran cateadas todas las casas del Oriente de la ciudad, y sacaran de ellas los víveres que se encontraran, previo un inventario y avalúo; al general Paz se le previno: que se compraran ó sacaran de las tiendas, boticas y casas particulares todos los ingredientes necesarios para la fabricación de pólvora, ya fuera negra, blanca ó de algodón; medidas que aunque no dieron gran resultado, sirvieron mucho en los días que aun duró el sitio.

Desde el 23 de Abril se agotaban los víveres, quedando por único alimento

gran cantidad de arvejón; en cuanto á carne, comían los sitiados solamente desde el día 25, las de mula, burro y perro en espera del convoy que quiso introducir el general Comonfort y que fracasó el 8 de Mayo, en cuya fecha ya no había carne de ninguna clase y se daban por la proveeduría del ejército más de cien mil raciones para las familias, además de las que se distribuían á la guarnición. En consecuencia, también se agotaban el haba y arvejón, y quedaban únicamente grandes depósitos de salvado, alimento que no era bastante para sostener las fuerzas del soldado; entonces comenzaron á morir de hambre mujeres y niños. El día 5 de Mayo se hizo un reconocimiento para buscar por dónde podría romperse la línea; pero se vió que esto era imposible, pues no había parque y los franceses tenían cubiertas con fuertes baterías todas las salidas. Creció la angustia, al contestar Comonfort, que pedía instrucciones al gobierno, no pudiendo asumir la responsabilidad de aceptar la combinación que se le proponía. Mientras celebró el general G. Ortega, del día 25 al 29, dos armisticios con el general francés, para levantar de una y otra parte, los muertos que permanecían insepultos en las calles, ó entre los escombros de algunas manzanas y en gran parte de la llanura frente á la línea del Carmen á Santa Inés. El tiempo que debía durar cada armisticio no pasaría de dos horas. Durante esas suspensiones de armas, se permitió que se remitieran del campo francés á los prisioneros que se encontraban dentro de la plaza, sus equipajes y correspondencia epistolar. Los cadáveres eran recogidos indistintamente, según el convenio, sin atender á nacionalidades. Entonces los fuegos de los sitiadores se limitaron á hostilizar la plaza con parsimonia, sin intentar abrir otras brechas para nuevos asaltos, ó atacarla por alguna de las zonas abiertas que tenía en derredor.

Para saber la fuerza con que guarnecían los franceses cada una de sus posiciones y examinar el punto más débil por donde, en caso necesario, se pudiera verificar la salida cuando fuera conveniente, se hicieron varias evoluciones. El día 27 en la tarde, rompieron el fuego las líneas de los generales Berriozábal, Alatorre y La Llave, y fué asaltada la manzana que ocupaban los franceses, situada al Sur de la calle de la Obligación, con el solo objeto de incendiar los escombros en que se hallaba convertida y de los cuales se aprovechaban los sitiadores. Se convino en otros movimientos que no se verificaron: el general Negrete había de salir de la plaza con su División y algunas fuerzas más que se le agregarían, sobre los campamentos franceses situados entre Rancho Colorado y Santa María, haría operar la artillería replegándose en seguida sobre la plaza, al hacerle ciertas señales el general en jefe colocado en la torre de Santo Domingo.

Pero el estado de los sitiados empeoraba cada día; al grado de haber escrito el Sr. G. Ortega al general Comonfort el día 29, diciéndole que las municiones de boca y guerra habían concluido y que no teniendo de dónde sacarlas, ya no era posible seguir defendiendo la plaza; por lo mismo, había llegado el momento de romper el sitio, lo que se verificaría el 2 de Mayo arrollando dos de los campamentos retrincherados del enemigo; excitaba al jefe del ejército del centro, pa-

ra que se colocara en un punto dado que á él solamente se le revelaba y llamando la atención de los sitiadores auxiliara la operación. Entre otros preparativos que se hicieron, se le ordenó al comandante general de artillería, que alistara setenta piezas colocándolas en las plazuelas que están á retaguardia de las líneas atacadas, operación que había de verificarse con reserva y astucia; debía estar todo listo para romper los cañones que no se pudieran sacar de la plaza y prevenidas las acémilas para conducir las pocas municiones de que aun se disponía. A los generales que mandaban divisiones, se les previno que fueran retirando, con la precaución posible, las tropas que estaban en las líneas avanzadas para que, á la hora que se les diera la orden correspondiente, se pudiera hacer un movimiento general, sin que lo previera ni notara el enemigo.

El general Mendoza, cuartel-maestre, pulsaba serias dificultades para que se llevara á cabo con buen éxito la desocupación de la plaza, ya por la proximidad á que se hallaban las fortificaciones de los sitiadores y los sitiados, lo que imposibilitaba hacer un movimiento general sin ser sentidos, ya por la poca potencia de la artillería para abrir brechas con la prontitud que el caso requería, en los parapetos levantados por el ejército francés para obstruir y defender el paso de las vías carretéras. Estas consideraciones no cambiaron la resolución del general en jefe, quien quería que el mismo Sr. Mendoza con uno ó dos batallones, defendiera alguna parte de la ciudad, mientras el Sr. Ortega con los demás generales rompía el cerco.

Trasmitidas estas combinaciones al gobierno supremo, se le mandó á Comonfort, como primera y urgentísima obligación, introducir á Puebla los artículos de que tanta necesidad tenía; si se frustraba la operación debía auxiliar con las tropas de su mando la salida de los sitiados, y en caso necesario librar una batalla campal. Para expeditar los obstáculos pasó al campamento de Comonfort el Presidente de la República, en unión de los ministros de Relaciones y Guerra, é insistió en que se llevara adelante lo mandado á pesar de los riesgos y dificultades de la empresa. A las observaciones que hacía Comonfort opuso Juárez sus razones, que consistían en que, después de una defensa como la que se había sostenido en Puebla, era lamentable perder la plaza, no por la fuerza de las armas sino por la falta de provisiones; se comprendía que la operación era peligrosa y aventurada, pero valía la pena exponerse á los azares de la guerra, para buscar un resultado que pusiera á los franceses en la necesidad de levantar el sitio; era un esfuerzo supremo el que se iba á hacer para salvar la segunda ciudad de la República con los elementos de guerra que poseía, y aun á la misma capital que bien se veía había de sucumbir en seguida de Puebla.

Estaban ejecutando los sitiados todos los aprestos para la salida, cuando el general Comonfort, contestando la carta del Sr. G. Ortega, le indicó que suspendiera el paso que iba á dar, pues próximamente iba á llegar á San Martín Texmelucan, cuartel general del ejército del Centro, el Presidente de la República; además le transcribía las instrucciones del gobierno, en las que se imponía al general Comon-



*General de Division Elias-Federico Forey.*

Senador, Comandante en jefe del ejército expedicionario francés en México. Después del sitio de Puebla obtuvo el grado de Mariscal. Al regresar á Francia, atacó en el Senado, con virulencia, al General Porfirio Díaz.